

DESPUÉS DEL AMOR

SONSOLES ÓNEGA



PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2017



fundación
AXA

Sonsoles Ónega



Después del amor

*Premio de Novela Fernando Lara
2017*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Sonsoles Ónega, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: junio de 2017

Depósito legal: B. 11.484-2017

ISBN: 978-84-08-17390-8

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

CAPÍTULO 1

Barcelona, 27 de septiembre de 1933

—¿Ha escuchado alguna vez silbar a los árboles en Tremolencs?

Carmen se escondió bajo el ala de su gorro de fieltro granate y negó con la cabeza.

—Algún día la llevaré.

Cuando alzó la mirada para buscar la suya, él ya no estaba allí. Había desaparecido del andén. Y, con él, las dos parejas de mozos y ese hombre que se había cuadrado de forma disciplinada cuando bajaron del tren. Como si hubiera sido un sueño. Como si nada hubiera ocurrido en realidad. Como si aquella persona solo fuera producto de un delirio. De una imaginación. Solo un deseo.

¿Cuánto hacía que no le hablaban con esa ternura? ¿Cuánto que un hombre no apreciaba su rostro? ¿Cuánto que alguien no se detenía un minuto a observar su inquietud y, como si la sintiera propia, se preocupaba por ella?

Carmen pensó que quizá, de ahora en adelante, serían los extraños los que se detuvieran en su tristeza. Ahora serena. Ayer, agitada y soberbia. Había deseado tantas veces volver a ser aquello que fue, que una conversación vacía era capaz de colmarla.

Después de lo que había sucedido, del tiempo que lleva-

ba aguantando sin tener derecho a réplica, conteniendo la furia como si fuera parte de sus obligaciones, había decidido imponerse.

Al precio que fuera.

Pensó que había llegado la hora de sacudirse la esclavitud. Dejar de ser rehén de los acontecimientos que no controlaba, del peso de cumplir con su tiempo. Y con las circunstancias que la rodeaban, obligándola a actuar como debía. Y no como quería.

Había llegado el momento de aprender la lección.

La vida.

Así es.

Solo eso.

Vivimos una vez. Y no hay ensayos. Estrenamos cada día.

La Manola, Rosalía y los niños la esperaban en casa. Salió de la estación y sintió el calor del sol de La Garriga. Atrás dejaba cuarenta y dos kilómetros de vías desde Barcelona. Era la primera vez que cogía ese tren sola. Alguna vez había hecho el trayecto con José María.

«Al principio», pensó.

Al principio de todo, su marido José María Escardó viajaba con ella y pasaba a su lado los meses de verano en Villa María, la imponente casa palaciega propiedad de los Puig, una familia de industriales barceloneses, a quienes se la alquilaban durante todo el año.

En origen, la rentaba tía Esther, la soltera de la familia y a la que unos y otros fueron mejorando en sus testamentos para evitar que la soledad a la que había sido condenada la pillara desprovista de bienes. Tía Esther siempre había sentido predilección por su sobrino médico José María. Era, sin duda, una predilección interesada. Hasta el final de sus días, José María le tomó el pulso cada mañana y cada noche y le

surtió de medicamentos a domicilio que, de tanto decirle que obrarían el milagro de la inmortalidad, la buena de tía Esther nunca llegó a saber que se había muerto. Una mañana, sin haber dado señales previas de enfermedad, tía Esther no despertó. Fue José María quien la encontró en la cama sin vida. El médico nunca se lo perdonó. Ni a sí mismo ni a la criada que no tuvo el acierto de reparar en lo tarde que se le había hecho a la señora. La familia tampoco le preguntó si había advertido algún signo inequívoco del acecho de la muerte porque, la verdad sea dicha, la vieja no dio señales. Hasta la última noche, tía Esther se había comportado igual que siempre. Cenó una sopa de gallina y una tortilla a la francesa. Bebió un vaso de leche y tomó sus pastillas. José María certificó que el pulso era correcto y se despidió de ella con el mismo ritual, que consistía en colocarle una manta sobre las piernas, un cojín detrás de los riñones y un libro en las manos.

Cuando leyeron el testamento de tía Esther, José María sintió algo de pudor al comprobar que había ordenado entregarle el dinero en efectivo que resultara de multiplicar el precio del alquiler de Villa María durante los siguientes veinte años de vida de su sobrino. El pudor le duró apenas unos días. El tiempo que tardó en recomponerse de la muerte de tía Esther y en recibir la suculenta cantidad que aseguraba sus veraneos en aquella torre de principios del siglo xx, de casi dos mil metros cuadrados de terreno.

Al poco de todo esto, Carmen pasó a ser señora de Escardó y nueva inquilina de Villa María. Casi se cae de espaldas al descubrir la majestuosidad de cada una de las estancias de la vivienda. Ni en sueños habría podido imaginar algo igual. O no al menos en los primeros sueños de su matrimonio con aquel joven médico que empezaba a hacer cartera de pacientes en la Barcelona de finales de los años veinte y que enseguida se dio a conocer entre la burguesía catalana que depositó en él toda su confianza.

Tampoco pasó mucho tiempo hasta que la pareja se mudó al número 253 de Rosellón, principal, segundo, entre paseo de Gracia y Rambla de Cataluña. La vivienda era tan grande que pudieron dedicar una zona amplia y luminosa a la consulta, otra a la sala de espera y a la de reconocimiento, y otra más para el ayudante, Conrado, un joven licenciado que aprendió allí más que en toda su vida. José María era un brillante observador con un ojo clínico elogiado por sus pacientes. Lo de tía Esther había sido una excepción que confirmaba la regla. Sabía distinguir a la legua al enfermo del enfermo imaginario que vivía instalado en el dolor sin saber que lo que realmente necesitaba era una caricia. José María, pese a la bravura de su carácter, las dispensaba con una ternura que Carmen empezó a echar en falta al poco de nacer sus hijos. Entonces, su cuerpo, su rostro, su cuello se convirtieron en territorios abandonados por las manos de José María.

De eso habían pasado ya años.

Los tacones de Carmen rebotaban ahora sobre la arena, camino a Villa María. Discurría por el paseo entre frondosa vegetación y casonas que nada tenían que envidiar a la de tía Esther. La Garriga siempre le provocaba la impresión de que el tiempo se había detenido en algún momento impreciso de la historia. Carmen la prefería a Barcelona. Le gustaba su silencio en las noches de verano. El sonido de los grillos. El olor de los prados. El cántico armónico de las aves.

El pueblo acababa de celebrar la fiesta de la Virgen de la Mercè, que marcaba el fin del verano. Muchas de las casas, propiedad de familias de pomposo apellido, habían cerrado ya sus puertas hasta el año siguiente. Cada mes de septiembre se repetían las idas y venidas. De los de siempre que se marchaban devolviendo a las calles de La Garriga su caden-

cia y una calma que aquel día a Carmen le pareció impostada.

Una a una, fue revisando las ventanas que hasta hacía solo unos días habían estado abiertas con sus cortinas descubiertas, dejando que el aire se colara en los dormitorios, en los baños y en la cocina. Se le hizo extraño el silencio que había sustituido al rumor de las sirvientas. Ajena esa brisa de finales de verano que ya no transportaba el olor de los perfumes de las señoras que salían a pasear sus mejores galas o el de los puros de los caballeros que, henchidos de su fama de galanes, cortejaban a las señoritas solteras.

Pensó.

No había dejado de pensar desde que abandonó la estación y se sintió una extranjera en ese paseo tantas veces recorrido sola o en compañía. Sola o de la mano de José María.

Sola o con sus niños.

Sola.

Casi siempre sola.

CAPÍTULO 2

Sola había llegado al andén de la estación esa mañana del 27 de septiembre.

—El tren está al llegar, ¿verdad? —preguntó al guarda que despachaba billetes.

—Sí, señora —contestó el hombre sin apenas despegar los labios, en los que colgaba una colilla apagada y consumida.

Tenía prisa por abandonar Barcelona. Tenía prisa y pena y unas ganas de llorar que contuvo por vergüenza. Por decencia. O por mantener intacta la dignidad ante cualquier conocido con el que pudiera cruzarse.

—¿Qué dignidad? —musitó para sus adentros.

A escasos metros, un hombre de impecable uniforme, firmes hechuras, alto y bien peinado, discutía con el guardaguijas sobre un mercancías que debería haber llegado a Barcelona. Y no había llegado.

Solo unos minutos después, el tren hizo su entrada en la estación. Carmen se estiró la falda y la camisa vaporosa, se colocó el sombrero y agarró con fuerza las asas del bolso de piel verde, a juego con los zapatos de tacón medio. El hombre del uniforme se despidió del guardaguijas, subió al vagón, que a esas horas iba vacío, y se sentó justo enfrente de ella.

«¿Acaso no hay más sitios? ¿No podría haber elegido otro?», pensó.

Giró la cara hacia la ventana en un gesto de deliberada displicencia y repasó con los dedos las perlas del collar. El cristal le devolvió su mirada enmarcada en unas cejas finas y delineadas sobre sus ojos maquillados con sombra azul.

El reloj de la estación marcaba las nueve y treinta y cuatro minutos de aquel miércoles en el que Carmen Trilla ya no aguantó más y decidió huir de la pesadilla en la que se había instalado hacía exactamente dos meses y catorce días. No lo tenía previsto. Apenas acababa de llegar a Barcelona, interrumpiendo su veraneo en La Garriga, para asistir a la cena de gala de los señores de Viana, una de las citas ineludibles de la burguesía barcelonesa. Pese a su importancia, no había aguantado ni cuarenta y ocho horas en Rosellón. Guiada por los desvelos y por la memoria que no había dejado de reproducir la imagen de la traición en plena calle, decidió regresar a Villa María antes de tiempo para recoger a los niños y a las criadas.

27 de septiembre

Saltó de la cama al alba, en cuanto los pájaros empezaron a canturrear, decidida a poner, por fin, tierra de por medio. Se vistió sigilosa para no despertar a José María, preparó su bolso entre tinieblas y rebuscó en el escritorio de la consulta las cuartillas con el membrete del médico, en las que escribió: «He vuelto a La Garriga, regresaré en la fecha prevista».

Salió de casa como alma que lleva el diablo y solo cuando se sentó en el vagón del tren respiró aliviada.

—¿Hay algo que la inquieta? Parece intranquila.

—Perdone... ¿Se dirige a mí? —contestó Carmen sin retirar la mirada del punto imaginario en el que se había concentrado para no tener que cruzarse con el inoportuno hombre de uniforme que se había sentado frente a ella.

—¿A quién si no? —continuó él—. El vagón va vacío. No tengo a nadie más con quien hablar.

—No me ocurre nada. Es usted muy amable.

—Permítame que me presente. Mi nombre es Federico Escofet. Capitán de caballería. Me dirijo a inspeccionar la unidad rural de los *mossos d'esquadra* en La Garriga.

—Me llamo Carmen —dijo ella sin más, sin añadir apellido al nombre y sin atreverse a mirarlo a los ojos.

Al oír su nombre, Federico hizo el ademán de levantarse sin llegar a levantarse. Cogió su mano derecha y se la acercó a los labios. Carmen la retiró como si el simple gesto fuera una indecencia.

—¿Puedo saber a qué viaja a La Garriga?

—Viajo a recoger a mi familia.

—¿Veranean ustedes allí?

—Sí —contestó ella.

—¡Vaya! Ya es casualidad que nunca haya reparado en usted —exclamó—. Si en algo puedo ayudarla, no tiene más que pedírmelo.

Desdobló el ejemplar de *La Vanguardia* que llevaba bajo el brazo y empezó a leer.

Carmen se fijó en sus manos grandes y cuidadas, en los tendones marcados y en el anillo dorado que revelaba su inequívoca condición de hombre casado.

El hombre de uniforme que se había interesado por sus preocupaciones pareció olvidarse entonces de ella y se concentró en la lectura de aquel periódico que anunciaba cuatro muertes en las esquelas de su portada: la de los abogados Juan Ramón Pascual y Pascual y Antonio Bal-

drich Solá, la de doña Francisca Vilella y Vidal, viuda de Miguel Tosas, y la de Cristina Albert Riudor. Tenía dieciocho años.

Federico se detuvo en la escuela de la niña. ¿Qué le habría pasado?

A sus treinta y cinco años, él ya había tuteado a la muerte. La había visto de cerca en la contienda marroquí, integrado en las tropas regulares Indígenas de Larache destacadas en Alcazarquivir. En tres ocasiones, la muerte lo merodeó y en las tres consiguió esquivarla, un mérito que años después le valió el ascenso a capitán. La recompensa no sirvió, en cambio, para apaciguar a su mujer, que se negó a que volviera al frente. Federico aceptó y pidió el ingreso en el regimiento de Cazadores (Treviño 26.º) de Vilafranca del Panadés, una unidad introducida en la caballería del ejército por Carlos III que no era, sin duda, su mejor destino, pero que le sirvió para ampliar su formación y, sobre todo, para dar esquinazo a la muerte.

En España mandaba Primo de Rivera y, aunque Federico había jurado lealtad al rey, aquellos años le provocaron una angustia moral que poco después haría estallar su ánimo en mil pedazos.

Federico pensó en sus dos hijas. Aquella mañana, como tantas otras, dormían cuando salió de casa no sin antes desayunar su zumo de pomelo, su café con leche y sus dos tostadas con aceite que le servían en el salón en una bandeja de plata cubierta por un fino mantel de hilo bordado con su inicial y la inicial de su esposa.

Pensó en ella y en los sacrificios que había padecido por su culpa. O por su responsabilidad castrense, ese extraño sentimiento al que se le jura la misma lealtad que a la república o a la monarquía. ¿Más profundo que el amor? Más profundo que cualquier otra cosa en este mundo.

El tren aún tardó en llegar a La Garriga. Federico Escofet y Carmen Trilla no volvieron a intercambiar palabra hasta que él se despidió de ella con la promesa de llevarla a ese lugar secreto llamado Tremolencs donde a los árboles se los oía silbar.